

Revista de Occidente



PARQUES NACIONALES CENTENARIOS

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN • GONZALO PERNAS FRÍAS

PATRIMONIO HISTÓRICO ARTÍSTICO

RETOS Y AMENAZAS

GREGORIO MARAÑÓN • CARMEN SERRANO DE HARO

FERNANDO LÓPEZ RAMÓN

YURI LOTMAN, DE LA ENTROPÍA A LA EXPLOSIÓN DE SENTIDO

JORGE LOZANO

ENTREVISTA A MIGUEL ARTOLA

CARLOS MARTÍNEZ SHAW • JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ TORRES

Viñeta: RUBÉN GUERRERO



SUMARIO

<i>Cien años de Parques Nacionales.</i> Eduardo Martínez de Pisón	5
<i>La mejor idea de América en España. Un siglo de Parques Nacionales.</i> Gonzalo Pernas Frías	25
<i>La Vega Baja de Toledo.</i> Gregorio Marañón	35
<i>Culto y cultura, el debate sobre los inmuebles religiosos del patrimonio histórico.</i> Carmen Serrano de Haro	45
<i>Evolución del régimen del patrimonio cultural en Latinoamérica.</i> Fernando López Ramón	59
<i>Yuri Lotman, de la entropía a la explosión de sentido.</i> Jorge Lozano	73
<i>Kafka y lo siniestro.</i> Ana Pardo García	83
■ ENTREVISTA	
<i>Miguel Artola: «La historia global es una necesidad».</i> Carlos Martínez Shaw / José Antonio Martínez Torres	97
■ NOTA	
<i>¿Quién cuida a los ancianos en situación de dependencia?</i> Matthias Kredler	109
■ CREACIÓN LITERARIA	
<i>La Grieta.</i> Reinaldo Escobar	113
■ ÓPERA	
<i>Tres centenarios.</i> Blas Matamoro	127
■ CINE	
<i>Fotografía del ahora.</i> Iván Cerdán Bermúdez	133
■ LIBROS	
<i>La corte de los milagros,</i> Juan Ángel Juristo	137
<i>Huevos de iguana,</i> Manuel Lucena Giraldo	142
<i>Polémica en los textos,</i> Miguel Martín	145
<i>El tiempo detenido del poema.</i> Antonio Molina Flores	149

La Grieta *

(Fragmento)

Reinaldo Escobar

Antonio se propuso tener una columna fija a la semana en *Juventud Rebelde* para cumplir su promesa hecha a los estudiantes de periodismo; para eso eligió el martes. El primer trabajo conflictivo que logró publicar llevaba el título de «Los mediocres son peligrosos», donde se definía a la mediocridad como «la deliberada intención de no estar a la vanguardia», y se le emparentaba con todo acto simplificador y negador de lo nuevo. Se aludía no sólo a los programas de televisión, como a menudo hacían otros, sino que se incluían «las páginas de los periódicos, los murales de los centros de trabajo y los discursos políticos» como parte del «territorio donde los mediocres medran a su gusto empobreciéndolo todo». Finalmente se declaraba que la mediocridad era «susceptible de

* *La Grieta*, de Reinaldo Escobar, ha sido galardonada con el Premio Iberoamericano VERBUM de Novela 2018.

ser calificada como una debilidad ideológica como, tan diligentemente, se hace con la autosuficiencia».

Le mostró el artículo a Ajubel, un talentoso dibujante del suplemento humorístico, quien ese mismo día hizo una ilustración sobre el tema: Dos hombres de perfil, uno frente al otro se miraban. Como si sus cabezas fueran transparentes, podía verse lo que cada uno llevaba en el cerebro. Uno contenía un jardín con flores diversas y abundantes; el otro, encerraba una tijera afilada y gris.

—Hice la ilustración —le dijo Ajubel—, pero ese artículo nunca te lo van a publicar.

—¿Por qué?

—Porque a los mediocres no les gustará y ellos son quienes tienen el control.

—Sí —ripostó Antonio—, pero sólo confesándose mediocres podrían objetarlo.

—Te entiendo, pero no lo publicarán.

—¿Apostamos algo? —propuso Antonio.

—Si lo publican, te regalo el original de mi ilustración, y si no, tú me das el original de tu texto mecanografiado y firmado por ti para enseñárselo a mis amigos.

—¡De acuerdo!

El lunes por la mañana Antonio puso su trabajo con la ilustración sobre la mesa de la jefa del Equipo Ideológico. Ella lo colocó maquinalmente debajo de los otros a revisar, y le ordenó a Antonio dirigirse a la Dirección de Relaciones Internacionales de la UJC, para obtener información sobre un seminario que se ofrecería a varios dirigentes juveniles latinoamericanos.

[...]

Todos los ocho de septiembre los países socialistas celebraban el Día Internacional del Periodista conmemorando el asesinato de Julius Fucik, un escritor y periodista checo, autor de «Reportaje al pie de la horca». La fecha se adoptó en Cuba luego de que se fundara la

Unión de Periodistas tras el triunfo de la Revolución. Al igual que en sus países de origen, la efemérides se celebraba aquí con mítines políticos, fiestas y actividades culturales. Por eso un grupo de teatro de la capital hizo una función especial para invitar a los trabajadores de la prensa y a los estudiantes de la Facultad de Periodismo.

La obra, titulada *La opinión pública*, reflejaba los problemas en un diario, las relaciones interpersonales, con sus intrigas y pasiones, los mecanismos de censura, las repercusiones de las críticas y caricaturizaba distintos tipos de personas en este medio.

Al concluir la representación, los actores invitaron a los presentes a comentar y debatir la obra. En el público se encontraban funcionarios de la UPEC, reporteros de casi todos los órganos de prensa de la capital y una nutrida representación de estudiantes.

La discusión comenzó por la obra y terminó, como podría esperarse, en los problemas de la prensa en el país. Los planteamientos más audaces fueron hechos por los estudiantes, especialmente por los alumnos de último año: Alexis, Rubén y Eric, los amigos de Antonio. En los debates se tocaron puntos muy polémicos, como la ausencia de noticias sobre ciertos temas, el aire triunfalista de los titulares, el exceso de partidismo en las informaciones y la gran escasez de crítica en los medios de difusión.

Fue tal el grado de disenso del grupo universitario, que el Presidente de la UPEC se sintió en la obligación de hacer un informe sobre el estado de opinión predominante entre los estudiantes de la Facultad de Periodismo.

El informe, dirigido a Carlos Aldana, el todopoderoso jefe del DOR glosaba los criterios de mayor divergencia con la línea oficial, daba los nombres de los más atrevidos y concluía con la recomendación de sostener un encuentro con esos jóvenes para «aclararles sus confusiones».

La existencia y el contenido de este documento llegó a oídos de Antonio a través de un amigo que conocía íntimamente la secre-

taria que lo mecanografió. La infidencia fue una de esas confesiones de colchón, típicas entre amantes, cuyo único propósito es el de aderezar la relación con condimentos extrasexuales.

Una vez prevenido por Antonio, Alexis tuvo la idea de tomar la iniciativa y, adelantándose a los acontecimientos, propuso en una asamblea de la Federación Estudiantil Universitaria, solicitar un encuentro con los dirigentes del DOR del Comité Central, para debatir inquietudes sobre el ejercicio de la profesión. Redactaron una carta breve y serena, y designaron a Laura para entregarla en la sede de la Máxima Instancia.

El mismo día, casi a la misma hora en que la carta estaba siendo leída por Carlos Aldana, la Decana de la Facultad de Periodismo recibía al mensajero de la valija oficial del Partido, portador de las instrucciones por escrito para organizar un encuentro con el objetivo de «dilucidar dudas y orientar a los estudiantes por el camino correcto».

Quienes no estaban al corriente de la advertencia hecha a Alexis, se sorprendieron por la rapidez con la que parecía haber sido «complacida» la solicitud. Los escépticos, quienes ni siquiera esperaban una respuesta, especularon, escépticos al fin, que todo había sido demagógicamente elaborado para hacer creer que el enfrentamiento se daría gracias a un pedido de los universitarios.

Atendiendo a las instrucciones recibidas se les indicó a los alumnos escribir de forma anónima sus preguntas. Luego elegirían una comisión para aunar las repetidas y redactar un cuestionario definitivo. En total se elaboraron ochenta y dos preguntas, donde se plasmaban, de forma sucinta, las cuestiones más conflictivas de la vida nacional.

La pregunta número doce cuestionaba por qué la prensa no reflejaba los avances científicos ocurridos en los países capitalistas y nunca exponía las dificultades y tropiezos en los socialistas. La número veintiséis tocaba la ausencia de partes de guerra sobre las

Misiones Internacionalistas y la pregunta setenta y ocho mencionaba explícitamente, el espinoso asunto del culto a la personalidad alrededor de la figura del Máximo Líder.

El cuestionario definitivo se hizo público un martes y la reunión se anunció para el jueves de la otra semana, en el Teatro de la Universidad, con la presencia de varios directores de periódicos y revistas, y dirigentes del más alto nivel del Departamento de Orientación Revolucionaria. Eso quería decir que asistiría Carlos Aldana en persona.

Aldana, como le decían a secas, se destacaba como el dirigente más joven entre los cuadros políticos del Comité Central del Partido. Alrededor de su figura se tejía una leyenda que lo presentaba como un hombre dotado de un elevadísimo coeficiente intelectual, pertrechado de una sólida cultura, con una carismática personalidad, una conducta privada irreprochable y una trayectoria social sorprendente para su edad. Desde que ocupó la jefatura del DOR, desplegó una actividad tan intensa, permeada de un estilo tan original, que había provocado que se le señalara, primero en exclusivos conciliábulos, y cada vez más públicamente, como el natural sucesor del Máximo Líder. El eslabón indestructible entre dos generaciones, la de quienes fundaron el proceso sin otra brújula que no fuera la intuición y el patriotismo, y la de los que se forjaron en el estudio y el trabajo bajo la ejemplar guía de los más experimentados.

El lunes notificaron que la reunión ya no sería en el sitio, ni en la fecha anunciada, sino el miércoles a las dos de la tarde, en el Salón de Actos del Comité Central. No estaría permitido llevar cámaras fotográficas ni grabadoras, ni bolsas, ni paquetes.

[...]

Cuando se descorrieron los telones del Salón de Actos del Comité Central, parecía como si un árbitro hubiera sonado un silbato para dar comienzo al gran juego final de un discutido campeonato.

De un lado los doscientos setenta y seis estudiantes de la Facultad de Periodismo con sus ochenta y dos preguntas; frente a ellos, sentados detrás de una larga mesa presidencial, los directores de los periódicos y revistas nacionales, el Presidente del Instituto de Radio y Televisión, el Segundo Secretario de la UJC, la Decana de la Facultad y, en el centro, Carlos Aldana. Sobre la mesa, junto a él, un abultado portafolio, dos libros y un micrófono.

Como impulsados por un estímulo común, los estudiantes se pusieron de pie y aplaudieron. La presidencia en pleno se irguió y respondió con un aplauso discreto, cortés. Cuando Aldana tocó el micrófono se hizo un silencio total.

Empezó diciendo que desde hacía muchísimo tiempo existía un interés por parte de la Dirección del Partido en tener aquel contacto con ellos, pero que otras tareas, complejas e impostergables, lo habían demorado. Pidió a los estudiantes leer sus preguntas que ya él había estudiado, pero no eran del conocimiento del resto de los invitados.

«Excepto la Decana», dijo, con la sonrisa de quien se disculpa por un involuntario olvido.

De forma espontánea, y sin previo acuerdo, cada pregunta encontró su locutor en el plenario. Cuando no quedó ninguna interrogante sin leer, Carlos Aldana tomó el micrófono y expuso una disertación de casi tres horas sobre el papel de los periodistas en la tarea de alcanzar los elevados objetivos de la Revolución Socialista. Hizo un panorama de las nuevas ramas de la economía, donde se invertían cuantiosos recursos y dio a conocer, por primera vez fuera del círculo estrecho de la máxima instancia, la profunda preocupación del Partido por el curso de los acontecimientos en la Unión Soviética a partir del inicio de la Perestroika.

Advirtió que entre algunos intelectuales y entre no pocos periodistas, se detectaba una peligrosa corriente de identificación

con aquel proceso, y añadió: «No somos ajenos al hecho de que algunos de esos periodistas se acercan a ustedes buscando discípulos y prosélitos. Es mi deber prevenirles que no toleraremos desviaciones de ese tipo en nuestro país. Como primera muestra de esta irrevocable postura, hemos decidido suspender la circulación de la revista *Novedades de Moscú*, que se dedica sistemáticamente a destruir la historia de la URSS y a poner en tela de juicio la validez del Marxismo Leninismo».

Consultó su reloj y dio a conocer que habría un receso de veinte minutos para merendar. Afuera, en el recibidor, pusieron una mesa cubierta con manteles blancos, y sobre ella, seis grandes bandejas cargadas de emparedados de jamón y queso; en otro sitio, varias cajas de refresco embotellado y otra mesa, más pequeña, donde un empleado repartía café. No hubo ni un comentario de pasillo sobre la intervención de Carlos Aldana. Sólo se hablaba de la excelente merienda, de lo bien atendidas que estaban las plantas ornamentales, o de la agradable temperatura en el Salón de Actos. Durante el receso, los estudiantes no vieron a ninguno de los que estaban sentados en la mesa presidencial, quienes al parecer, estarían merendando lo mismo en un lugar aparte.

Transcurridos los veinte minutos, apareció la Decana para pedirles que regresaran al Salón. El telón estaba otra vez cerrado y así se mantuvo quince minutos más. Se sintieron los pasos de quienes llegaban a la presidencia. Sólo pasos, ni el más mínimo rumor de voces humanas. Luego de unos segundos de absoluto silencio se levantó el telón, lenta, ceremoniosamente.

Con su acostumbrado atuendo militar, los codos sobre la mesa, los dedos de ambas manos enlazados, la mirada indescifrable, apareció ante ellos la irresistible presencia del Máximo Líder.

Otra vez todos aplaudieron, ahora de forma atronadora. Los integrantes de la presidencia, también de pie, aplaudieron, diríase

que aún con más ritmo, experiencia y elegancia, pero tan atronadoramente como los estudiantes. En la apoteosis de los aplausos y las ovaciones, corearon su nombre, primero con lentitud y espaciadamente, como si saborearan las letras, luego más rápido y entrecortado, marcando el compás con palmadas, hasta llegar a una cadencia sincopada, delirante y aturdidora.

Todos los ojos se quedaron prendidos en su rostro, pendientes de si en la comisura de los labios se dibujaba una línea sugiriendo una sonrisa, si se le arrugaba con severidad el entrecejo, si la frente se mostraba altiva, molesta o inclinada por la pena de alguna reciente decepción.

El Máximo Líder se había ubicado entre la Decana y Carlos Aldana, quien ahora había perdido el brillo protagónico, pero que cobraba un nuevo esplendor por figurar al lado de él, hablándole al oído delante de todos, y algo más importante, escuchando lo que él le susurraba mientras cubría discretamente el micrófono.

El Máximo Líder sonrió y la sala en pleno dejó escapar un suspiro de alivio.

Empezó a hablar en un volumen de voz muy bajo, disculpándose por no haber podido participar desde el principio en el evento. Hizo alusión a gestiones impostergables de gobierno que le habían impedido estar con ellos desde temprano. Todos los presentes trataron de imaginar entonces la incalculable importancia que podía tener una gestión imposible de postergar y de delegar: quizás la redacción de un Comunicado Conjunto, una entrevista, o la toma de una decisión estratégica para los ejércitos que, allende los mares, cumplían misiones internacionalistas. La aprobación definitiva del lugar donde se abriría una represa, se levantaría una escuela, se instalaría una fábrica; o el visto bueno a un contrato, a la aplicación masiva de una innovación, a la publicación de un texto para la enseñanza primaria, o la firma de una ley, de un indulto, de una condena a muerte... las infinitas, las impos-

tergables, indelegables gestiones que a diario tenía que llevar a cabo el Máximo Líder.

«Pero no quería perderme este encuentro», dijo risueño. Entonces, se colocó los espejuelos. Sus ojos pequeños y brillantes se abrieron en un gesto de asombro desaprobatorio bajo las cejas tupidas que se alzaron autoritarias.

—Tengo ante mí la pregunta número setenta y ocho de este cuestionario. No averiguaré quién es su autor, porque convenimos con Aldana en respetar el anonimato, pero me gustaría oírlos hablar aquí sobre ese «culto a la personalidad» que, como plantea textualmente la pregunta, deja la impresión de que en el país hay un solo hombre ocupándose de todo.

Se quitó los espejuelos, se recostó sobre el respaldo del sillón y, abanicando la mesa con su mano, preguntó:

—¿No hay nadie aquí que quiera hablar del tema?

Alexis pidió la palabra. Estaba dispuesto a decirlo todo, porque creía que quienes profesan fe a lo esencial obtienen el derecho a dudar y a quejarse de aquello que no lo es. Pensaba que cuando un proceso histórico pide como condición a sus ejecutantes la disposición a entregar la vida, contrae con ellos la obligación de permitirles dar una opinión sobre su curso, a cuestionar su origen, a redefinir sus métodos, a elegir los derroteros y a vislumbrar su destino. Traducía su fe en el sinónimo «confianza» y reclamaba reciprocidad. Pedía que no se esperara de él que usara el sentido del oído sólo para escuchar órdenes, sino que se le permitiera, se le exigiera, usar la cabeza para pensar y el don de la palabra para expresar lo pensado, y decirlo sin dobleces ni subterfugios, abiertamente, como entre hermanos. Que no se esperara de él que tuviera madurez, pues esa era una habilidad de los cínicos; sino honestidad, que era la virtud de los honrados. Así pensaba, y así le hablaba al Máximo Líder, tratándolo de tú, cuando le decía:

—Tú nos has enseñado a ser así —y casi sollozando—, y ahora te toca aceptarnos como somos y darnos un espacio.

El Máximo Líder no pudo contener una sonrisa cuando, acariciándose la barba, comentó ante el micrófono: «Muy conmovedor todo lo que dices».

Pero Alexis apenas comenzaba su alocución, y fue entonces cuando hizo lo que, posteriormente, sería divulgado en tres versiones diferentes: En la primera, se contaba que llevándose la mano izquierda al pecho había dicho: «Permítame continuar» y que continuó su discurso, sollozante aún.

En la segunda, no sólo se había llevado la mano izquierda al corazón, sino que, mostrando la palma derecha en señal de alto, dijo: «No he terminado», se recuperó y concluyó su discurso. En la tercera versión, Alexis mostró las dos palmas de sus manos, y en un tono enérgico dijo: «No me interrumpas», pero entonces se atascó y el llanto no le permitió seguir hablando.

Lo cierto es que a causa de ese incidente impreciso, la reunión de los estudiantes de la Facultad de Periodismo con el Máximo Líder trascendió como una incalificable falta de respeto o como un inesperado gesto de rebeldía.

A la una de la madrugada los amigos de Antonio, excepto Alexis, fueron a su apartamento. Él los esperaba, porque desde su balcón se divisaban las luces encendidas en el Salón de Actos del Comité Central, y desde que se habían apagado contaba los minutos.

Se les notaba deprimidos y fatigados. Atropelladamente le contaron lo sucedido. A veces se contradecían, y lo dicho por uno se lo atribuían a otro. Hablaron de lo que les hubiera gustado decir o de lo que estuvieron a punto de responder.

Cerca de dos horas duró la narración de los hechos. Cuando ya parecía que lo habían contado todo, Antonio averiguó cómo había terminado el asunto, qué era lo último que había pasado. Pidió una descripción minuciosa del minuto final.

Todos callaron y se miraron, como buscando la cara del que hablaría. Fue Rubén quien se lo dijo: «Terminamos todos de pie, aplaudiendo».

Cuando finalmente pudo dormir tuvo por primera vez lo que terminaría siendo un sueño recurrente. En este, Antonio protagonizaba una discusión directa y pública con el Máximo Líder. A lo largo de los años en que tantas veces soñaría lo mismo, el escenario cambiaba. A veces se producía en la inauguración de una clínica o una escuela, en el albergue donde eran acogidas las víctimas de un huracán o de un derrumbe, en una conferencia de prensa, o en cualquier otra situación donde, de rutina, estaban las cámaras y micrófonos de la Televisión Nacional, transmitiendo en vivo y en directo.

Al despertar, pocas veces recordaba el contenido exacto de sus afilados argumentos, pero sí conservaba las sensaciones de los resultados.

Siempre pensó que al Máximo Líder le hubiera gustado tener los ojos más grandes y que por eso los abría exageradamente cuando alguien osaba discutir su autoridad. En sus sueños Antonio era el único que hablaba y el otro, con los ojos desorbitados no encontraba respuesta a sus palabras.

Sacaba los argumentos uno tras otro, con la habilidad del lanzador de cuchillos de un circo, y con la misma habilidad los encajaba donde pretendía. En los rostros de la gente que los rodeaba podía ver la transformación de los gestos que pasaban de la sorpresa a la indignación, de ahí a la incredulidad, luego a la preocupación para terminar en los inconfundibles gestos de solidaridad.

Los camarógrafos que inicialmente enfocaban hacia otra parte comenzaban a incluirlos a ambos en sus tomas y terminaban olvidando al otro para encuadrar exclusivamente a Antonio, que no cesaba de hablar con la fluidez de un río.

Como es lícito en cualquier sueño, Antonio se veía en las pantallas de la televisión y veía además lo que ocurría frente a ellas: su hermana, al borde del infarto; su mamá, llorando desconsoladamente; todos sus amigos, muertos de envidia, sus enemigos, paralizados por la consternación.

Poco a poco los guardaespaldas rodeaban al Máximo Líder para darle apoyo, pues a lo largo de los años en que tantas veces soñó lo mismo, el rostro del otro a quien apabullaba concluía sin excepción en un puchero lastimoso.

Al final, alguien a quien nunca pudo ver, porque invariablemente le tocaba el hombro por la espalda, le decía: «Antonio Martínez, acompáñenos».

Siempre despertaba cuando alguien lo llamaba por su nombre.

R. E.



La voz de una generación de cubanos

Reinaldo Escobar Casas (Camagüey, Cuba, 1947) fue uno de los miles de jóvenes entusiastas que en un primer momento depositaron sus esperanzas de futuro en la Revolución cubana. Siendo apenas un adolescente trabajó alfabetizando a los campesinos y después se incorporó al ejército. Muy pronto también, consciente de que la realidad no coincidía con sus expectativas, y desencantado de un régimen que poco tenía que ver con sus utopías, estudió periodismo dispuesto a contar lo que veía, desafiando a la censura y a la autocensura. Muy pronto fue premiado por sus reportajes y sus crónicas, se convirtió en un periodista de referencia para muchos estudiantes de periodismo. Pero también fue sancionado por sus «debilidades ideológicas». Trabajó en publicaciones como *Cuba Internacional* (1973-1986) y *Juventud Rebelde*, diario del que fue despedido en 1988, siendo además expulsado de la profesión porque sus textos se apartaban del ideario de Partido Comunista. Desde 1989 ejerció como periodista independiente, colaboró con numerosas publicaciones extranjeras, y tuvo también que desempeñar distintos oficios como bibliotecario o mecánico de ascensores, entre otros. En diciembre de 2004 fundó junto a su esposa, Yoani Sánchez, la revista digital *Consenso* donde se desempeñó como jefe de redacción hasta que en 2008 abrió su blog *Desde Aquí*. Desde 2014 hasta la fecha es el Jefe de redacción del diario digital *14ymedio.com*

Además de su intensa labor periodística, Escobar ha escrito poesía y teatro. Con *La grieta*, su primera novela, de la que publicamos un avance, acaba de conseguir el Premio Iberoamericano Verbum 2018. El jurado destacó: «la madurez narrativa con que aborda la crónica del desencanto para toda una generación de cubanos, la ironía sutil que logra arrancar una sonrisa y el delicado juego de espejos que funde realidad y ficción». Según ha contado el autor, la novela, escrita en 1993, fue confiscada por la Seguridad del Estado en la Aduana cuando trataba de sacarla del país durante su primer viaje al extranjero. Dos décadas después la reescribió de memoria para presentarla a este premio. La mejor presentación de esta novela son las palabras de Yoani Sánchez: «Al estilo de un Milan Kundera tropical, Escobar va desgranando las sucesivas máscaras que se colocan muchos de los personajes para sobrevivir profesional y socialmente. El oportunismo, la indolencia y hasta el radicalismo son algunas de las caretas obligatorias para el carnaval político del que forma parte. Algunas veces logra atisbar el rostro debajo de aquellas caretas y siente el imperioso deseo de huir espantado. [...] Esta novela es, por todo eso, la descripción de un suicidio profesional y social. La puntual narración de cómo la llama de una utopía quemó las alas de una generación de cubanos, con la anuencia y el beneplácito de muchos de ellos. Reinaldo Escobar, que ardió en ese fuego, ha tenido el valor de contarlo».

Amalia Iglesias Serna